



HERGUE

BENEFICENCIA
PROVINCIAL

1703



B.R. Madrid

Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg. 14761

Vols. F. Pietsamo

Sig. X. mad 1007



150
7682

Delgado lea — Tricador H

SEMBLANZAS Y RECUERDOS

DE LOS

MÉDICOS MÁS PRESTIGIOSOS DEL CUERPO FACULTATIVO

DE LA

BENEFICENCIA PROVINCIAL DE MADRID

FALLECIDOS DURANTE ESTOS ÚLTIMOS 50 AÑOS

POR EL

DR. SIMÓN HERGUETA Y MARTÍN

Y PUBLICADAS A EXPENSAS

DE LA EXCMA.

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE MADRID



MADRID

IMPRENTA PROVINCIAL

Fuencarral, 84.—Teléfono 182

1918

39A4

Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg. 14761

Vols. T de Merlan

Sig. mod 1826
1826

R
14761

SEMBLANZAS Y RECUERDOS

DE LOS

MÉDICOS MÁS PRESTIGIOSOS DEL CUERPO FACULTATIVO

DE LA

BENEFICENCIA PROVINCIAL DE MADRID

FALLECIDOS DURANTE ESTOS ÚLTIMOS 50 AÑOS

POR EL

DR. SIMÓN HERGUETA Y MARTÍN

Y PUBLICADAS A EXPENSAS

DE LA EXCMA.

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE MADRID



MADRID

IMPRESA PROVINCIAL

Fuencarral, 84.—Teléfono 182

1918



MEMORANDUM FOR THE RECORD

DATE

TO: THE DIRECTOR, BUREAU OF REVENUE

FROM

SUBJECT

RE: [Illegible]

BY

OFFICE OF THE [Illegible]

[Illegible]

[Illegible]

[Illegible]



[Illegible]

[Illegible]

[Illegible]



A la Exema. Diputación provincial de Madrid

Si en estos cincuenta años últimos han sufrido un cambio radical y profundo los Establecimientos de la Beneficencia, tanto en su organización y servicios como en su administración, débese, en gran parte, a la Diputación de esta Corte que, secundando iniciativas de la Corporación facultativa, ha conseguido colocar los Hospitales provinciales a la altura de los primeros de España, logrando de esta manera una mejor asistencia de los desvalidos o enfermos que en los mismos se albergan.

Justo es consignar los sacrificios, desvelos y munificencia con que dotó servicios imprescindibles, hoy, en todo Hospital, ya que la Beneficencia pública más es objeto de censuras que de alabanzas.

Si se dignase aceptar esa Exema. Corporación este modesto trabajo, le quedaría profundamente agradecido

Simón Hergueta.

Dos palabras

El Cuerpo Facultativo de la Beneficencia provincial de Madrid, se ha distinguido siempre por dos cualidades que han destacado en los individuos más prestigiosos que a él han pertenecido: ir a la vanguardia, en todas las épocas, del progreso médico, y gozar en la Corte de un excelente concepto clínico, hijo de la grande experiencia que al cabo de algunos años se adquiere con el trato de tantos y tan variados casos como se observan en las múltiples y repletas enfermerías que existen en los diversos Establecimientos que constituyen la Beneficencia provincial.

Justo es, por lo tanto, que no quede en el olvido la memoria de varones tan esclarecidos, que gozaron en vida de una gran reputación por sus grandes conocimientos médicos, por su pericia envidiable, por sus cualidades morales reconocidas, por su caridad inagotable para los infelices enfermos, y, finalmente, por el ejemplo que a sus sucesores nos dieron con su conducta irreprochable, tanto desde el punto de vista científico como del moral y profesional.

Y así como en las casas grandes refieren con legítimo orgullo las proezas y hechos históricos de sus antepasados, a los que deben el honor de llevar un título esclarecido, que todos sus descendientes deben procurar enaltecerlo, de idéntica manera podemos también enorgullecernos por contar entre nuestros antecesores Médicos insignes que, por sus propios méritos, se elevaron a los primeros puestos de la Nación, llamados por los Reyes para ser sus Médicos de Cámara; por los Gobiernos, para recibir consejos e informes que se refieren siempre a dos problemas trascendentales: *la enseñanza y la sanidad pública*, y por las Reales Academias y Corporaciones, para exponer el resultado de una larga práctica, tanto hospitalaria como particular, y juzgar sin

prejuicios ni pasiones, en todos aquellos problemas clínicos que son la preocupación constante de los mayores entendimientos que se dedican a la investigación de las causas y curación de las enfermedades.

Mas para hacer un ligero boceto de estos ínclitos varones, tropiezo con grandes dificultades, hijas, unas, de mis escasas condiciones literarias y limitadas facultades intelectuales, y dependientes, otras, de que para bosquejar sintéticamente la biobibliografía de un individuo, hay que tener en cuenta dos factores a la par: las producciones literarias que nos marcarán el grado de cultura, expuesto en un estilo más o menos castizo, su originalidad mayor o menor y el análisis crítico, que indicará siempre la sagacidad clínica y experimental, dependiente de un entendimiento preclaro, preparado de antemano para la experimentación. Pero hay otras condiciones *personales*, de tanta o más importancia que las *científicas*, para conocer mejor a una persona, y que van siempre asociadas a éstas. Son sus cualidades *físicas, morales, sociales y profesionales* que desaparecen con la vida del individuo. El orador insigne, el experimentador sagaz, el actor famoso, el Ingeniero, el Arquitecto, el Abogado y el Médico que en vida han gozado de celebridad, desaparece todo en muy corto tiempo y no queda de su memoria más que lo que hayan consignado los que los trataron personalmente y podido apreciar sus cualidades buenas o malas, su carácter, manera de ser y hasta las virtudes o defectos que tuvieran; cuyo estudio complejo ofrece serias dificultades tanto de la crítica de los trabajos y publicaciones que nos legaron, como del retrato íntimo, de las dotes de observación y de la característica de cada personalidad.

Por fortuna, conocí y traté bastante a los compañeros de Corporación que más se han distinguido en estos cincuenta años últimos, y en todos pude admirar las cualidades relevantes que hacía resaltar su mérito de entre los demás y por las que gozaron de un prestigio reconocido por todo el mundo.

Bosquejar a grandes rasgos su personalidad científica y profesional y tratar también sintéticamente de las producciones que nos legaron, tal es la modesta tarea que me propongo someter a la consideración de mis compañeros de Corporación, rogándoles que no vean en estas pá-

ginas más que el vivo deseo de honrar el nombre y memoria de Profesores dignísimos que nos han precedido en nuestra honrosa y delicada misión, y cuyos hechos debieran ser referidos por otro compañero que reúna mejores condiciones literarias y científicas que las mías. Pero me anima a seguir adelante vuestra nunca desmentida benevolencia para conmigo y el cariño inmenso y profundo que siento hacia la Beneficencia provincial, a la que debo absolutamente todo lo que soy.

No voy a ocuparme de todos los Profesores que lo han sido de esta Corporación en estos últimos cincuenta años; tan solo trataré de los que han sucumbido y que ya pertenecen a la Historia; y de éstos haré una selección de los que más se hayan distinguido, de los que gozaron de mayor reputación, de aquéllos, en fin, que todavía se pronuncian sus nombres con respeto, afecto y veneración.

Mas no esperéis de mí un plan cronológico y ordenado como se acostumbra en todas las biografías; escribo estas semblanzas durante el verano, a vuela pluma, sin apuntes ni datos de ningún género, y sólo expondré los recuerdos que guardo de mis difuntos compañeros, las fuertes impresiones que quedaron grabadas en mi corazón, y, finalmente, ciertos hechos, algunos detalles profesionales y anécdotas relacionadas más o menos con la evolución que ha sufrido también la Corporación e Higiene Hospitalaria en estos últimos cincuenta años.

Me propongo, en resumen, hacer resaltar las condiciones sociales, personales y morales de nuestros compañeros, que son las que desaparecen con la muerte, y a las que debieron su fama la mayor parte, más que las científicas, puesto que sus trabajos pueden ser juzgados hoy con el mismo criterio que cuando se escribieron.



D. Luis Martínez Leganés

El primero que recordamos es el que fué Decano de la Sección de Medicina, durante muchos años, D. Luis Martínez Leganés.

Le conocimos anciano, achañoso y casi ciego, pero con una lucidez intelectual extraordinaria y con el carácter entero que le distinguía. Fué el que nos dió posesión, el 1.º de Julio de 1876, a todos los compañeros de mi promoción, en unión de D. Antonino Sáez, Decano entonces de la Sección de Cirugía, distinguido oftalmólogo y todavía más antiguo que el Dr. Leganés, puesto que había ingresado en 1816, mientras que este último lo fué en 1818. A la sazón era Decano de Farmacia el Sr. Morales, cuyas tres secciones gozaban de cierta autonomía e independencia entre unas y otras. No tardó mucho tiempo en que desapareciera este caos, esta verdadera ataxia hospitalaria, y gracias a la iniciativa de los Diputados provinciales D. José Balenchana y sobre todo y principalmente de D. José Morcillo, pudo reorganizarse de nuevo y fusionarse por antigüedad las dos Secciones de Medicina y de Cirugía, bajo la presidencia de un Decano; dotarse más espléndidamente las plazas de Médicos y de Farmacéuticos (el Decano tenía entonces 3.000 pesetas de sueldo y 500 para gastos de Decanato): crear los derechos pasivos de jubilación y pensiones a viudas y huérfanos y fundar para los jubilados del Cuerpo Médico un Consejo Superior de Sanidad provincial que tuviera por objeto informar a las Autoridades y, sobre todo, a la Diputación, de todo lo pertinente a Sanidad pública, estadística hospitalaria, epidemias, higiene, etc. etc.

En virtud de estas reformas, jubilaron a todos aquellos Profesores que llevaban más de cuarenta años de servicios, pasando al nuevo Consejo bajo la presidencia de D. Luis Martínez Leganés.

Me detengo algo en estas reformas, porque intervine en particular y más eficazmente cerca del Sr. Morcillo, amigo íntimo mío, el que, con gran benevolencia, aceptó complacido la clasificación de sueldos que yo le propuse y que después fué aprobada por la Diputación, que es la que actualmente rige.

Coincidiendo con estas benéficas reformas del personal médico, se

iniciaron otras con el personal subalterno, que regían hacía mucho tiempo: la sustitución de los hermanos de San Juan de Dios primero, y cabos de sala después, por la Hijas de la Caridad, y excuso manifestaros lo que cambió la higiene hospitalaria cuando recordéis el grandísimo interes que pusieron esas benditas mujeres, dirigidas por aquella santa llamada Sor Francisca Larequí (1) al sustituir la suciedad, por la limpieza: en poco tiempo parecia otro Hospital.

Dispensad este inciso y volvamos a ocuparnos del Dr. Leganés. Era un señor de estatura mediana, de complexión robusta, ojos azules, pero muy penetrantes, y de mirada algo dura; acostumbrado al ordeno y mando y a que le obedecieran sin replicar, y excuso deciros los grandes disgustos que le costó esta cualidad, sobre todo durante su Decanato; de un talento extraordinario en todo, y enseguida se hacía cargo de los problemas que se ponían a discusión, dominándolos y ejerciendo siempre una autoridad legítima sobre sus compañeros. Obligaba a todo el mundo a cumplir con su deber; nadie se escapaba de pasar las dos visitas diarias a sus salas, y tenía que consignar en el libretín, y con su firma, la hora en que empezaban. Protestaban todos de esta conducta tiránica, y algunos, como D. Casimiro Olózoga, padre del célebre don Salustiano, escribieron con zumba: «Sr. D. Luis, obligaciones orgánicas ineludibles, me han impedido venir cinco minutos antes. Empiezo la visita,» Olózoga. Los Profesores de guardia tenían que presentarse todas las mañanas a las nueve para darle cuenta de lo que hubiera ocurrido en las veinticuatro horas. Y les estaba prohibido acudir a las sesiones mensuales del Cuerpo o científicas, porque era condición indispensable ser Médico de número. De esto protestaron enérgicamente los Profesores de guardia Martín de Pedro, Muñoz, Esquerdo y Ortíz de Lanzagorta, entre otros, que defendieron su perfecto derecho, como los demás, a tomar parte en todas las discusiones. A pesar de que la mayoría de los médicos de número se oponían a lo que creían sus legítimos derechos, la autoridad del Dr. Leganés venció todos los obstáculos, y desde entonces gozan todos de las misma preeminencias en las Juntas del Cuerpo.

(1) Cometería una injusticia si al citar a la inolvidable Sor Francisca, de carácter entero, que no se amilanaba por nada, como buena navarra, corazón hermosísimo, caridad extraordinaria, temple de alma de acero ante la contrariedad, la epidemia y los hombres, no consignara que la mayor parte de las obras hechas en el lavadero, cocina, pisos de sala, luz eléctrica, farmacia, ropas, etc., etc., fueron debidas a su iniciativa y pagadas por ella de las limosnas que a manos llenas le daban las personas que la conocían. Digna sucesora y compañera en su apostolado, es la actual Superiora Sor Ventura Pujadas, que heredó, no sólo sus felices iniciativas, sino también las virtudes excelsas que adornaron aquella santa mujer que tantos y tan gratos recuerdos dejó de su bondad, de su caridad y de su entereza de carácter.

No ha habido Decano ni más respetado ni más temido. Todos admiraban su sabiduría, sus grandes conocimientos demostrados en discursos, informes numerosos a la Superioridad, escritos con estilo clásico, conciso y elegante, pero también se le censuraba la sequedad, dureza en la frase y en el gesto, conque molestaba a todo el que creía que había faltado al cumplimiento de su deber. Por estas condiciones se le temía más que se le quería.

Pero en cambio de estos pequeños lunares ¡qué admiración no despertaban sus magníficas oraciones, bien en la Real Academia, en distintos y múltiples temas, tanto de Filosofía médica como de asuntos prácticos; bien en el Hospital en diversas reuniones, y sobre todo cuando bosquejó lo que debía ser la Escuela libre de Medicina que se creó en 1868 por los Profesores del Cuerpo, y de la que le nombraron Presidente, por unanimidad.

En su larga y dilatada práctica, era de tal autoridad su opinión, que la Academia de Medicina de Castilla la Nueva le comisionó, en 1835, en unión de los Sres. Escalada e Izcaray, también académicos y profesores de este Hospital, para que redactaran una *Instrucción popular para la preservación del cólera*, escrito que fué repartido por toda España; así como también fué objeto de muchos elogios su notable Memoria acerca del *Tifo carcelario*, sus estudios sobre el *Cólico de Madrid* y otra porción de artículos distribuidos en los periódicos profesionales.

Y si desde este punto de vista pasamos a considerarlo como clínico, bien podemos asegurar era uno de los Profesores más prestigiosos de su tiempo,

En 1855 trató de tal manera a los coléricos de la colonia francesa de esta Corte, que el Emperador Napoleón III le regaló una medalla de oro, como prueba de admiración y de agradecimiento.

No se me ha olvidado todavía una escena que presencié en 1873 en la Clínica de Martín de Pedro. Ingresó un joven francés con tal ortopnea, que se veía obligado a inclinar todo el tronco hacia las rodillas, y en esta postura incómoda tenía que permanecer quieto, sino quería ahogarse; existían infartos duros supra claviculares y espectoraba una substancia como gelatina de grosella. Mi difunto tío le auscultó, como él sabía, le observó detenidamente durante dos días y, entonces, hizo el diagnóstico; y creyendo que el caso era raro y muy notable, invitó al Dr. Leganés para que le manifestara su juicio. Acudió a la sala el respetable anciano, se colocó frente al enfermo que estaba sentado en una butaca, se paseó detenidamente al rededor de ésta, observándole, miró

la escupidera, y sin tomarle el pulso, sin auscultarle, sin haberle preguntado absolutamente nada, se volvió al Dr. Martín de Pedro y le dijo: «Antes de ocho días vera usted en la losa anatómica que se trata de un *cáncer primitivo del mediastino y de los pulmones*.» Idéntico diagnóstico que el que había hecho mi tío y que, efectivamente, pudimos comprobar, y de paso admirar las magníficas dotes que resaltaban en el ilustre Decano.

Durante el verano de 1876 fui encargado de la enfermería de mujeres, por ausencia del Dr. Escalada. Al mes y medio, invité al señor Decano a que pasara un día visita conmigo, con objeto de oír su autorizada opinión respecto de varias enfermas, cuyo diagnóstico me tenía muy intrigado. Benévolo con la juventud, acudió a mi invitación, y con qué delicadeza me dió una soberana lección clínica en diagnóstico, pronóstico y terapéutica, que yo recibí con profundo agradecimiento y que no he olvidado aún. Existía una enferma postrada hacía cuatro septenarios y que había diagnosticado de fiebre tifoidea. ¿La ha auscultado usted? No señor contesté; pues hágalo ahora mismo. Así lo hice, y me encontré con todos los signos de una *tuberculosis aguda*, que más tarde pude comprobar en la autopsia.

Por el estilo fué puntualizando ciertos toques, todos de maestro, en el diagnóstico, en el pronóstico y en el tratamiento; y entonces pude convencerme de los grandes conocimientos que había atesorado en los sesenta años que llevaba de vida hospitalaria, en las brillantes discusiones que había sostenido en la Real Academia, de la que fué Vicepresidente, y en el juicio crítico, certero, que en sus luminosos escritos se observaba, propio tan sólo de sus poderosas facultades intelectuales, sujetas a una voluntad inquebrantable y férrea que explicaba perfectamente la entereza de su carácter para con todo el mundo.

Como prueba de esto voy a referir el siguiente suceso: en las distintas cuestiones que ha habido siempre entre la Facultad de Medicina y el Hospital, se mandó por la Superioridad interrumpir la comunicación entre los edificios, tirando el puente que los unía. A este acto se le rodeó de gran aparato, y para su cumplimiento citaron las autoridades a las once en punto de la mañana. Todo el mundo acudió a dicha hora, menos D. Luis, que se presentó un cuarto de hora después, y entonces el Gobernador, que era a la sazón el Sr. Marfori, le increpó duramente delante de todos, diciéndole: «Hace quince minutos que le estoy esperando, Sr. Decano, y yo no acostumbro a hacerlo.» Leganés, con toda tranquilidad, le replicó: «he llegado a la hora citada y no me he retrasado,» palabras que exasperaron al Goberna-

dor, contestándole en tonos destemplados; y el Decano, siempre con la misma calma, sacó su reloj, se lo enseñó al Gobernador para que viera la hora, y le dijo: «Sr. Gobernador no es falta mía, es cuestión de relojes.»

Y este dominio de la voluntad se manifestaba en multitud de ocasiones, las más diversas y aún opuestas. Una de las obsesiones suyas, era hacer cumplir a todos con su deber. Ocurrió en una ocasión, que un practicante había abandonado una guardia por irse a un baile aquella noche. Lo supo el Decano, le llamó y le echó la reprimenda que es de suponer, obligándole a hacer guardia dos días seguidos. Este practicante visitaba entonces a un enfermo que se iba agravando de día en día, y la familia le manifestó que por la tarde celebrarían una consulta con un Profesor reputado, que todavía no podían decirle cuál elegirían. Fué mi buen practicante, y ¡oh sorpresa! se encuentra de manos a boca con el temible Decano D. Luis Martínez Leganes, el que, por la mañana, le había castigado a permanecer de guardia en el Hospital. El estupor, la inquietud, el miedo, en una palabra, paralizaron todas sus potencias, sin poder siquiera hablar, temblando de las consecuencias de aquel encuentro; y entonces D. Luis, haciéndose cargo de la angustiada situación de aquel pobre estudiante, le animó, le consoló, le hizo ver lo que tenía el enfermo y los remedios que debían emplearse, y le rogó que todos los días le diera cuenta del curso de la enfermedad, sin que volviera a recordarle nunca sus faltas, descuidos, ni castigos.

Tuvo la fortuna, en su tiempo, de presidir la célebre Escuela de Medicina, creada en 1868 con el siguiente cuadro de Profesores, que no tardaron en adquirir una reputación envidiable por sus grandes conocimientos, y, sobre todo, por el interés grandísimo que tenían por la enseñanza y que se lo comunicaban a los discípulos. La Facultad entera se trasladó a los Hospitales provinciales, y la Corporación despertó del letargo en que había estado durante muchos años.

ESCUELA TEÓRICO PRÁCTICA DE MEDICINA Y DE CIRUGÍA

Presidente.—D. Luis Martínez Leganes.

Vicepresidentes.—D. Antonio Sáez y D. Benito Morales.

Secretario.—D. Nicolás Sánchez Rivero.

PROFESORES	ASIGNATURAS
D. José González Cepeda.....	Anatomía descriptiva (primer curso) y Disección
D. Francisco Muñoz.....	Idem id. (segundo curso) Disección y Anatomía general. Clínica médica
D. Nicolás Sánchez Rivero.....	Fisiología
D. José María Esquerdo.....	Patología general y su clínica. Anatomía y Patología.
D. Pedro Espina.....	Terapéutica. Materia médica y arte de recetar
D. Julio Pérez Obón.....	Higiene privada e Higiene pública
D. Ezequiel Martín de Pedro....	Patología interna y Clínica médica
D. Manuel Aguirre.....	Obstetricia y enfermedades de mujeres y niños
D. José Díaz del Moral.....	Idem id. id.
D. Julián Ortiz de Lanzagorta...	Anatomía quirúrgica, Operaciones, Apósitos, vendajes y su clínica. Clínica de enfermedades del aparato genito-urinario del hombre. Enseñanza de Ministrantes y de Practicantes y su Clínica.
D. José Rodríguez Benavides....	Patología externa. Clínica quirúrgica y clínica de operaciones
D. Francisco Osorio.....	Clínica de Obstetricia y enfermedades de mujeres
D. Domingo Pérez Gallego.....	Sifiliografía
D. Eusebio Castelo y Serra.....	Clínica Sifiliográfica
D. José Eugenio Olavide.....	Dermatología y su clínica
D. Pedro Martínez.....	(Profesor suplente de las tres últimas asignaturas)
D. Mariano Benavente.....	Enfermedades de los niños y su clínica
D. Benigno Allende Salazar.....	Medicina legal y Toxicología. Oftalmología y su clínica
D. Fermín Caverta	Clínica oftalmológica
D. José María Esquerdo.....	Explicaba además enfermedades mentales

Por virtud de reformas acordó la Diputación jubilarle en 1876, y en el magnífico discurso de despedida, se lamentó con amargura, de la ingratitud que con él se tenía al separarle de un cargo que amaba con todo su corazón. Sucumbió a los dos años, en 1878.

Cumplidor exacto de su deber, escritor castizo, talento colosal, clínico eminente, dueño de su voluntad, y carácter entero siempre, constituían las cualidades excelsas del antiguo Decano D. Luis Martínez Leganés. ¡Qué falta hacen en estos tiempos hombres con el temple del Dr. Leganés, que nos dejaran en herencia una enseñanza que imitar; ¡el *cumplimiento del deber!* y el célebre *Fray ejemplo* del Cardenal Ximenez de Cisneros.



Don José de Arce y Luque.

Sucedió en el Decanato a D. Luis Martínez Leganés, otro Profesor ilustre, D. José de Arce y Luque, que venía precedido de una reputación merecida, no sólo como Médico distinguido, sino también y principalmente como escritor de Obras y Memorias de reconocido mérito y utilidad.

Cuando nosotros le conocimos, era un señor grave, serio, que lo parecía más con sus gafas de oro; de poca o ninguna broma, yo nunca le ví reirse francamente, poco comunicativo, de cabellos blancos, algo encorvado, de alta estatura, de pocas palabras y esquisita educación, muy fino, muy cortés, pero sin inspirar confianza; muy culto y muy ilustrado, pero sin tener esos rasgos geniales que caracterizan a una personalidad; en una palabra, se parecía al tipo que nos describen del *filósofo*; y algo debía de haber de cierto, cuando no tardó la Real Academia de Medicina en elegirle individuo de número, precisamente en la Sección de Filosofía Médica.

Su corrección, melosidad en la frase, atildamiento y finura, contrastaban con la brusquedad y dureza de carácter de Leganés, y por estas razones se recibió muy bien al nuevo Decano, porque siempre el afecto, cariño y buenas formas, conquistan a todo el mundo mejor que las condiciones opuestas. Pero sí, sí; fiese V. del hábito exterior. No tardó en poner al descubierto sus rasgos de dominio y mando. Para tener a los médicos de guardia directamente a sus órdenes, mandó colocar un timbre en el cuarto de guardia, en comunicación con el Decanato, y el día que se estrenó, les tocaba de servicio a los doctores Laburu e Isla, quienes conceptuaron aquello como un desdoro para ellos y sus compañeros, al equipararles a un ordenanza; y Laburu, sin encomendarse a Dios ni al diablo, hizo pedazos en el acto el timbre con el bastón que tenía en la mano. Enterarse el Decano, llamarlos y ponerse hecho una fiera, todo fué uno. A pesar de esto, los doctores Laburu e Isla insistían en sus apreciaciones y que volverían a repetirlo si pretendía colocar otro timbre; fué echar leña al fuego: congestionado, iracundo, sin saber ya lo que se decía; se retiraron los dos compa-

ñeros temiendo le diera un ataque cerebral, que por fortuna se resolvió..... en una derivación intestinal que le duró dos días.

Como estas pequeñas contrariedades se repitieron con alguna frecuencia, no podíamos menos de comparar su conducta social como Médico de visita y como Decano, y en el acto hubo una imaginación meridional que le puso un apodo: «Sixto V.».

Fuera de estos detalles sin importancia, el Dr. Arce y Luque desempeñó todos sus puestos con acierto, brillantez y decoro. Gozaba merecida fama de escritor castizo y correcto, como lo demuestran: «La traducción de los *Aforismos* de Hipócrates, Sthall y Boherhaave, su *Tratado de enfermedades de mujeres*, que en su tiempo (1845), constituyó un verdadero progreso; su *Manual de Deontología Médica*, que resume admirablemente las cualidades que debe poseer todo Profesor en sus relaciones con el enfermo, sociedad, compañeros y Poderes públicos; su magnifico discurso de ingreso en la Real Academia, que versó acerca de *Los problemas de la vida*, y, finalmente, la *Memoria acerca de las modificaciones que deben introducirse en los servicios de los Hospitales Provinciales*, Memoria que imprimió la Diputación y que fué origen de todas las transformaciones que se han hecho en los Hospitales durante estos últimos años. El trabajo es notabilísimo, tanto desde el punto de vista literario como de los interesantes datos y estadísticas que en el mismo se contienen. Mereció, con razón, el elogio caluroso de todos sus compañeros, porque es quizá la mejor Memoria que acerca de los Servicios de Higiene hospitalaria se ha escrito por la Corporación.

Gozó de una excelente reputación médica dentro y fuera del Hospital; de la Casa Ducal de Medinaceli, fué el Médico de confianza durante muchos años, hasta que murió en Enero de 1887.

Hombre pundonoroso y caballero, humilde, excelente católico, nada aficionado a las vanidades mundanas, de las que huía voluntariamente, sólo se dedicaba a los enfermos, al estudio, a su hogar y a ejercer la caridad; como Médico de visita y cumplidor de su deber, podía considerarse como modelo desde el punto de vista científico, social y moral.

D. Ramón Félix Capdevila

Nos toca ahora bosquejar al Médico más simpático de la Beneficencia, a D. Ramón Félix Capdevila, que también fué Decano, después de D. José de Arce ¿Quién no recuerda aquel don de gentes, aquella atracción, aquel angel que tenía D. Ramón para con todo el mundo? Porque predominaba en el fondo de su alma la bondad unida a la ciencia y a un carácter alegre, le querían todos, le idolatraba su familia y le admiraban sus numerosos amigos y clientes. Era uno de los Médicos más equilibrados que he conocido. De grandes y profundos conocimientos, excelente observador de la naturaleza, juicio crítico, claro y certero, buena imaginación y oportunísimo en la frase, en la manera de decirlo, en la comparación, en el cuento, en todo, lo mismo social que científicamente, con su carácter expansivo y con su bondad y paciencia sin límites, no era extraño que D. Ramón gozara en sociedad de una reputación merecidísima y que le quisieran extraordinariamente, así como sus compañeros, porque ¡*rara avis!* no había despertado en ninguno la *envidia* que todo lo corroe. Por el contrario, todos buscaban su opinión que sabían era *sincera* y además *acertada*, porque Dios le había dotado de excelente equilibrio mental y de un buen corazón, que explicaban perfectamente su gran talento, su bondad de carácter y su alegría infantil y que no albergara su alma esas pasiones ruines que hacen de la vida un suplicio, como son la vanidad, el orgullo y sobre todo la envidia.

Capdevila se educó dentro de una atmósfera Médica superior. Hijo del antiguo Catedrático de Terapéutica de San Carlos, del mismo nombre y apellido, en cuyo domicilio, y presidiendo la Academia de Medicina su ilustre padre, se celebraban las juntas y aun las oposiciones a Académicos de número, que era entonces el procedimiento legal de ingreso.

Su claridad de exposición era admirable, y sin que sus dotes se elevaran a la categoría del *genio*, eran sin embargo la más brillante representación del *sentido común*, y como esta cualidad le acompañó durante toda su vida, a ella debió el justo crédito que tuvo siempre entre sus compañeros y la sociedad, porque sus consejos los daba co-

mo el padre cariñoso que desea que sus hijos sigan en todas ocasiones el buen camino, valiéndose para ello del ingenio, de la caridad y de la humildad para conseguirlo.

En sus escritos demostró Capdevila condiciones excepcionales de exposición clara y metódica, lo mismo en la magnífica Memoria que escribió en 1856 acerca de la Utilidad de los Hospitales, que en el discurso de recepción de la Real Academia, cuyo tema era *Ars cum natura ad salutem conspirans*, que en la oración inaugural desarrollando el tema de que *Los hospitales son indispensables para la asistencia de los indigentes enfermos*, que en las Memorias sobre las *fiebres intermitentes* que sufrieron los obreros del Canal de Lozoya, que la que dirigió a la Diputación en unión de los Sres. Escalada (D. Gregorio) y Mezquía, acerca de la *epidemia de viruelas en el Hospital General de Madrid*, durante los años 1866 y 1867, que en los numerosos informes que dirigió, tanto a la Diputación como a la Academia, en cuyas producciones, como en su conversación, brillaban el ingenio, la realidad y cierta *vis cómica* que hacía agradabilísimo su trato.

Un hombre así, claro es que no podía tener enemigos, porque siempre dispensaba y disculpaba las faltas en la Sala, en el Decanato, entre sus amigos y la sociedad y hasta en su familia; y jamás le faltó aquel carácter alegre para todos, y, sobre todo, para sí propio, cuando en sus últimos años, ni la sordera, ni la ceguera pudieron abatir aquel ánimo de resignado.

Capdevila fué un Profesor distinguido, un carácter alegre y, sobre todo, un *hombre bueno*, que no dejó en este mundo más que simpatías y buenos recuerdos. Falleció en Abril de 1897.

D. Serapio Escolar

Cuando yo empecé la carrera, era famoso y gozaba de un nombre envidiable, D. Serapio Escolar. Le conocí y le traté muy poco; pero en cambio oí hablar mucho de él a mi tío Martín de Pedro, que le asistió en su última enfermedad. Recuerdo que era un tipo bajo, delgado, cara larga y completamente afeitada, mirada intensa, fría y poco agradable, muy grave y muy serio siempre; en una palabra, cara de pocos amigos. Su carácter se ajustaba al semblante y era entero, firme, enérgico, de palabras escasas, secas, que hacían sangre, sobre todo a los practicantes de su sala que los destinaban como castigo, tanto por el Profesor que tenían que aguantar, como por lo mucho que tenían que madrugar; pues pasaba la visita de seis a seis y media de la mañana.

De voluntad enérgica e indomable siempre, a la que debió el crédito y reputación que se conquistó legítimamente por ser uno de los hombres más laboriosos y trabajadores que he conocido, y también que demostrara el temple de alma que se albergaba en aquel cuerpo tan delgado, tomando en ciertos casos resoluciones bruscas que no dejaban de asombrar á los que le conocían. Citaré como prueba, el siguiente hecho: vivía con su madre, a quien mantenía con la paga de practicante; estudiaba cuarto año de medicina, y sus compañeros los estudiantes se mofaban de él, llamándole «Serapín,» y como tenía muy malas pulgas, tuvo unas frases más o menos acres con dos o tres, y bastó que los demás se convencieran de la contrariedad que le producía el mote o apodo, para que arreciaran con más furia; y entonces Escolar tomó una decisión enérgica: trasladarse de Madrid a Valencia, sin considerar, entre otras cosas, la triste situación en que dejaba a su pobre madre. Este rasgo pinta de cuerpo entero a un hombre.

En todos tiempos se levantaba a las cuatro de la mañana, y lo primero que hacía era afeitarse y desayunar, sirviéndose a sí mismo en todo; iba a la Iglesia de Santo Tomás a oír la primera Misa, y siempre regañaba con los Sacristanes porque tenía que esperar a que abrieran el Templo, y desde allí bajaba al Hospital a pasar visita, en donde tenían que estar ya los practicantes castigados.

Era de los Médicos de más fama del Hospital General, por sus diagnósticos y por sus famosos pronósticos, y acudían a pasar visita con él varios Médicos, a pesar de la hora intempestiva para todos. No dió enseñanza; pero publicó infinidad de observaciones en la prensa Médica, entre las cuales merece citarse una hermosa Memoria acerca del uso del *ioduro de azufre* en el tratamiento de las enfermedades de la piel, a más de multitud de artículos científicos y sociales, sobre todo un opúsculo curioso sobre el *muermo agudo*; una buena traducción de las lecciones del *reumatismo*, dadas por Chomel; y todo esto le acreditaba de un escritor de cultura vastísima y que observaba admirablemente a la naturaleza enferma.

Fué ardiente partidario de propagar por la prensa profesional la cultura médica, siendo el alma, primero, de la *Revista Médica*, y después, del *Siglo Médico*; trabajando con ardor cerca de treinta años, sin que en toda su vida se distrajera con espectáculos ni con viajes y distracciones; pudiendo considerarle como uno de los Profesores que más han contribuido a difundir toda clase de conocimientos médicos en nuestro país, bien con los periódicos mencionados o bien traduciendo las obras de Medicina que más reputación lograron en el extranjero, y creando aquélla célebre *Biblioteca de Medicina y Cirugía* que tanta boga alcanzó en su tiempo.

Don Serapio Escolar fué un clínico eminente que gozó de justificada reputación; laboriosísimo y de los que más contribuyeron a nuestra cultura; cumplidor con exceso de sus deberes; de una gran rectitud de carácter y de una voluntad indomable, puesta al servicio de la ciencia y de la humanidad. Hombre de ideas cristianas, muy arraigadas, como lo demostró en el ejercicio de la profesión practicando siempre la caridad, y dejando al morir un legado para costear el Título de Licenciado al practicante o interno más pobre, al más desgraciado, al que ha sufrido más miserias, al que el pago del Título constituye la mayor preocupación y la carga más gravosa para empezar a ejercer la profesión y poder desenvolverse socialmente. ¡Hombres así, bien merecen que les dediquen un recuerdo cariñoso y que se imite por muchos su conducta!.

D. José Rodríguez Benavides

No cabe duda de que el porvenir de cada uno depende, en gran parte, del medio ambiente en que se encuentra al nacer, principalmente; pues cuando los padres ocupan una mediana posición, la educación de los hijos suele ser bastante regular, mientras que si le rodea la escasez o la miseria, aquella queda abandonada, porque lo primero que hay que atender es a la nutrición, como indicación vital, y abandonar lo demás, porque donde no hay *harina todo es mohina*.

Estas consideraciones se me ocurren al recordar a un ínclito varón, a D. José Rodríguez Benavides, que tanto honró a esta Corporación. Todo lo que fué lo debió a su voluntad soberana; a la fé en el trabajo; a la convicción de que con el esfuerzo perseverante y deliberado, se consigue el fin que se propone; y, por último, a la hermosa ambición de ser algo, y la decisión de no reparar en sacrificios para el logro de sus aspiraciones

De humildísimo origen, tuvo por necesidad que abandonar la casa paterna, trasladarse a pie a Madrid desde Galicia, entrando a servir como mozo en este Hospital General. El cuidado de numerosos enfermos de medicina y cirugía, las brillantes curas que presenciaba y que hirieron fuertemente su imaginación, y su afición a la lectura, despertaron en él vocación decidida por la carrera médica. Resuelto, pues, a emanciparse de la bajeza y estrechez de su situación, empezó el calvario de su carrera desde el instituto, y a costa de la más absoluta carencia de vicios, sometiéndose a un régimen de austeridad inverosímil, sin más emolumentos que el salario y algún gaje, en esa lucha sorda y oscura por la conquista del pan del cuerpo y del alma, bordeando no pocas veces el abismo de la miseria y de la desesperación, respirando esa atmósfera de indiferencia y despego que envuelve al talento pobre y desvalido, aprendió Benavides el *terror de la pobreza* y logró, por fin, el codiciado diploma de Médico-cirujano.

¡Qué alegría y satisfacción inmensas no sentiría el día que acabó la carrera! ¡Con qué afán e interés no estudiaría todas las asignaturas para que llegara pronto tan ansiado día! Solamente puede comprender-

lo el que, en la lucha por la existencia, tiene el convencimiento de que por la aplicación, durante la carrera, depende su porvenir más tarde, y este grandísimo interés sólo lo poseen, en grado máximo, los desheredados de la fortuna y los huérfanos de padre que, en general, no suelen contar con más recursos que los suyos propios.

El que como Benavides logró terminar la carrera venciendo todos los obstáculos su voluntad decidida, le fue ya fácil ingresar en la Beneficencia provincial, y pasando los años, llegar a ser Decano del Cuerpo, Consejero de Sanidad y Socio de número de la Real Academia de Medicina.

Y, ¿a qué debió Benavides su nombre prestigioso y todos sus honores? Pues sencillamente a que su figura se destacó como buen cirujano, como excelente operador, y, sobre todo y principalmente, por su especialidad en el tratamiento de las fracturas, y principalmente en la aplicación de apósitos y vendajes, que no he conocido a nadie que le superase.

El pasar visita con él en su Sala, constituía una enseñanza de clínica quirúrgica admirable; pues era de las enfermerías en que salían más curados de heridas y fracturas, debido al esmero, cuidado y limpieza exquisita que tenía en las curas, mucho antes de que se conociera el valor de la asepsia, y también, ¿por qué no decirlo? al interés grandísimo que tenía con todos sus enfermos, porque había días que permanecía tres o cuatro horas en la enfermería, siendo lo corriente que no bajase de dos, y nunca dejando para mañana lo que podía hacer hoy.

En su época de Decanato, se presentó la epidemia colérica en 1885, y gracias a las medidas tomadas en Madrid y a las que en Aranjuez propuso el Dr. D. Juan Cisneros y en Chinchón el Dr. D. Baltasar Hernández Briz, pudo evitarse su propagación, que hubiera costado muchas vidas, dada la intensidad con que se inició. En toda la epidemia no descansó un momento Benavides, dando consejos a las Autoridades, organizando hospitales para coléricos y estando siempre en todas partes vigilando los servicios.

A la tenacidad de su carácter, que le acompañó hasta su muerte, ocurrida en 1893, había que agregar un corazón de oro, un corazón de niño que le hacía recibir los dolores del prójimo como si fueran propios, y ejerciendo la caridad constantemente con los humildes, con los sin recursos y con infinidad de personas de la clase media, de que yo tengo noticias, y para ser excepcional, tenía una cualidad, muy rara entre los gallegos: «la de ser espléndido».

La figura de Benavides es gigantesca, por que indica de lo que es

capaz una voluntad firme y una fé decidida para el trabajo, que sumada su bondad, sentimientos delicados y caridad, son la expresión del *vir probus medendi peritus*. ¿Quién me había de decir cuando era estudiante y acudía a su visita, que le había de substituir en la Real Academia de Medicina?

Don Félix García Caballero

Fué uno de los Profesores más originales y dignos de veneración, que ha tenido el Hospital General.

De buena estatura, de complexión robusta, ancho de cara, con bigote y dos pequeñas patillas, serio, circunspecto, de andar pausado, mirada poco expresiva, correcto en el vestir, más correcto en el hablar, que lo hacía con frase atildada; de una pureza clásica y de un colorido tierno y delicado, lo mismo en la conversación familiar, que en la enfermería, que en las juntas, que en la Real Academia.

Era el Dr. García Caballero la representación legítima de aquellos célebres médicos españoles que se llamaron el Divino Vallés, Luis de Toro, Mercádo, Monardes, Piquer y otros muchos que tanto honraron a nuestro país con sus producciones. Trasplantado bruscamente al siglo XIX, admirando como ellos al ilustre Asclepiades, pensando como ellos y ocupándose como dichas venerandas figuras, en el estudio de las *fiebres*, como lo demuestran sus estudios clínicos sobre *las fiebres larvadas*, sobre *las fiebres catarrales*, sobre *las fiebres epidémicas* de los años de 1846 y 1847, el de *las caquexias*, *las fiebres lentas*, las analogías y diferencias del *tifo y del escorbuto*; asuntos todos predilectos siempre de los médicos españoles en todas las épocas y por las que gozaron del crédito de ser los mejores piretólogos de Europa.

Esta tradición de la Medicina Española, le encantaba a García Caballero y gozaba lo que no es decible cuando enseñaba alguna obra médica, incunable, del siglo XVI, y más si era de algún autor famoso español, en que coincidieran sus juicios con ciertas ideas de actualidad. Vivía, en una palabra, admirando las glorias pasadas, sin preocuparse gran cosa del porvenir.

Y no era que careciera de cultura, no; tenía la suficiente para estar al tanto de la ciencia, para ser un buen clínico, que gozó de renombre, como lo demostraba la curiosa Memoria que escribió acerca del *aspecto fisionómico en la ciencia del diagnóstico*; pero su entendimiento siempre se inspiraba con las grandes figuras que nos dejaron en latín sus pensamientos médicos, como lo prueban todas sus producciones, lo mismo su estudio sobre el *aforismo 8.º de la Sección 1.ª de Hipócrates*, que los discursos leídos en la Real Academia de Medicina

sobre la *Libertad moral en sus relaciones con los delitos*; de la *Experiencia en Medicina* y del *Criterio clínico* que leyó en la Sesión inaugural; asuntos todos tratados y escritos admirablemente, siguiendo a la Escuela Hipocrática, de la que era, como casi todos los médicos Españoles, fervoroso admirador.

Y este ilustre profesor que cuando encontraba ocasión cantaba las glorias patrias con un entusiasmo extraordinario, no podía menos de entonar un himno de admiración a los Profesores más eminentes de esta Corporación, sacando a la luz nombres esclarecidos que dormían el sueño del olvido, y también de la incuria, dando a conocer sus trabajos más notables en sus bien pensados *Recuerdos históricos de la Corporación facultativa de los Hospitales generales de Madrid*, escritos en 1865, y en *La Corporación facultativa de los Hospitales generales de Madrid*, publicado en 1874, siendo también el autor de la idea de colocar alrededor de la galería de la planta baja de este Hospital general, una serie de medallones, en que se consignan en cada uno el nombre y producciones de los Médicos que más honraron a esta Corporación.

Gracias a su espíritu tradicional y al amor por las glorias pasadas pudo el Dr. García Caballero darnos a conocer varones prestigiosos, Profesores eminentes que formaban parte del antiguo Proto-medicato, encargados de la enseñanza, Médicos de Cámara que gozaron de gran renombre y autores de obras médicas que sirvieron de texto durante bastantes años.

La lectura de las Memorias Hospitalarias de D. Félix, ha sido la causa principal de que en mi cerebro germinara la idea, hace ya años, de escribir estas semblanzas, para que sus nombres quedaran grabados para siempre en la brillante historia de Profesores eminentes pertenecientes a esta Corporación. Como él, propongo también, no sólo que se escriban las biografías de los Profesores fallecidos, sino que periódicamente se publique un resumen de los trabajos y escritos de los Médicos de los Hospitales y Establecimientos de Beneficencia provincial, como es costumbre establecida en casi todas las Corporaciones y Academias.

Esta Corporación tiene contraída una deuda de gratitud a la memoria de D. Félix García Caballero que la quiso y amó con aquel romanticismo que él ponía en todo, y tanto más justificada, cuanto que recaería en una persona que fué Profesor culto, hombre muy bueno, excelente compañero, escritor castizo y de ideas nobles, levantadas y patrióticas. Murió en Noviembre de 1888.



D. Pedro Espina y Martínez

Perteneció D. Pedro Espina a aquella generación de los Castelos, Capdevila, Caballero, y, sobre todo, de Benavente, con quien hizo oposiciones a plazas de Beneficencia provincial, y que tanto honraron a esta Corporación por su saber, por su talento, por sus producciones y por gozar todos de un crédito público y profesional legítimamente adquirido al frente de sus respectivas enfermerías.

En aquel cuerpo delgado, enjuto, pequeño, atormentado con frecuencia por el asma que le impedía todo movimiento activo, y muchas veces hasta el hablar, se albergaba un espíritu fuerte y valeroso que no se amilanaba por nada, un excelente corazón, un gran entendimiento y, sobre todo, una imaginación meridional, cuyas poderosas facultades intelectuales se reflejaban en aquella mirada viva, inquieta y penetrante, en aquella vivacidad, en aquella inquietud, en aquel ingenio fresco y rápido con que matizaban la conversación, salpicada siempre de anécdotas, cuentos, chascarrillos y sucedidos, y, finalmente, en aquel optimismo de no ver todo lo de este mundo más que desde el punto de vista alegre y agradable.

Y esta manera de ser que hoy llamaría tanto la atención, era en su época bastante frecuente, debido al *romanticismo* que entonces imperaba y del que eran representantes, no sólo los habituales concurrentes al Parnasillo del Príncipe, sino que se contagiaban los mismos políticos defendiendo con tesón y exposición de su vida, en muchas ocasiones, las ideas progresistas o moderadas que a la sazón dividían la opinión pública en España, cuya conducta, en estos tiempos egoístas y escépticos, la conceptuamos como propia de seres algo desequilibrados.

Espina fué por lo tanto liberal progresista, miliciano nacional y amigo de Calvo Asensio, Sagasta y demás prohombres del partido liberal, y, sobre todo, de D. Nicolás María de Rivero, a quien acompañó como Médico al célebre desafío que tuvo con Caballero de Rodas, uno de los mejores tiradores de pistola, mientras Rivero apenas sabía manejarla, y, sin embargo, demostró valor, serenidad, y tal calma interior, que no se modificó el número de pulsaciones mientras duró el acto, con

gran admiración de Espina, a pesar de haber sido herido en el vientre.

Mas no se crea que los frecuentes y agitados cambios políticos, le distraían de sus deberes profesionales, porque siempre prefirió éstos a aquéllos, y buena prueba daba, trabajando con afán é interés científico en su enfermería, llegando a adquirir una gran reputación por sus excelentes dotes de observador, por su rapidez en el juicio, por su seguridad en el diagnóstico y por lo admirablemente que manejaba la Terapéutica.

Amigo entusiasta del progreso científico, publicó multitud de artículos en los periódicos profesionales, un opúsculo sobre las *eserófulas* y los *tubérculos*; tradujo muy bien las interesantes obras de *patología*, de Tardieu; *Higiene*, de Rives, y la renombrada *Soledad*, de Zimmerman, a más de brillantes informes a la Superioridad, que le encomendó la Corporación.

Hombre bueno, se distinguió siempre por aquellos hermosos arranques de hacer el bien sin tener en cuenta ni el premio, ni el temor a perder la vida, como lo probó cuando aparecía alguna epidemia que aterraba a todos, como el cólera morbo asiático en 1855 y 1865, que se brindó, y fué aceptado, a visitar a todos los coléricos que le designaran. Por cierto que le oí referir el siguiente suceso, con el gracejo inimitable que a todos nos encantaba: «fui a ver en 1855 a un pobre portero, miliciano nacional, y lo encontré gravísimo. En el portal me preguntó su mujer: ¿Qué tiene mi marido?. El cólera, contesté, y si con el plan que le he puesto no entra enseguida en reacción, fallecerá muy pronto.» El enfermo, que había oído mi opinión, replicó sin vacilar: «D. Pedro, *antes la muerte que la reacción.*»

Con estos antecedentes, nada de extraño es que el pueblo de Candelario, en donde ejerció la medicina durante los primeros diez años de su profesión, en agradecimiento a sus excelentes servicios, honrara su memoria, y para perpetuarla, acordó colocar una lápida en la casa que habitó y dar su nombre a la calle en que vivió, pagando de esta manera, en 1916, la deuda de gratitud contraída hace más de sesenta años. Consigno con satisfacción este hecho, por lo excepcional del mismo, porque no es frecuente que premien los pueblos al Profesor que se ha distinguido por su ciencia, por su caridad y por su comportamiento.

Espina fué un Profesor excelente, de gran talento, de mucho ingenio, y es lástima no nos haya dejado más producciones de su entendimiento clarísimo, por dar la feliz coincidencia de ser un escritor casti-

zo, fácil, ameno, de grandes conocimientos y de cultura enciclopédica.

Murió teniendo la dicha de ver a su hijo Antonio en el apogeo de sus glorias científicas, como Profesor y Catedrático de Clínica médica en este Hospital; como uno de los publicistas que en estos cuarenta años últimos han contribuido más al progreso de la ciencia; como autor de una de las mejores obras de enfermedades del corazón; como adalid y batallador incansable de la *Terapéutica social de la tuberculosis* en la Academia, en el Ateneo y en diversas instituciones populares, y como obrero sagaz que está siempre en acecho del último invento, del último descubrimiento; en una palabra, de la última novedad, procurando en todas las ocasiones, con su actividad y trabajo, honrar y enaltecer el ilustre apellido que lleva.

Don Ezequiel Martín de Pedro

La semblanza del Dr. D. Ezequiel Martín de Pedro, constituye para mí una obsesión, una verdadera pesadilla; pues debiéndole la educación científica y médica, viviendo con él durante toda mi carrera, tratando con toda su alma, de dirigirme en el difícil y espinoso ejercicio de la práctica médica, procurando moldearme a su imagen y semejanza, inculcándome los sanos principios que siempre debía tener presente cerca del enfermo, de la sociedad y de los compañeros, y, finalmente, el haberme tratado, no como sobrino, sino como hijo verdadero, son condiciones todas que despiertan en mi ánimo el afecto más profundo a su memoria, el agradecimiento sin límites y el entusiasmo extraordinario hacia su persona y sus obras.

Condiciones son éstas que pueden ofuscar al talento más esclarecido, porque la crítica se haga más con el corazón que con el entendimiento; pero la circunstancia de haber fallecido Martín de Pedro en Abril de 1875, hace cuarenta y dos años, es razón suficiente para que pueda ocuparme de él con cierta libertad, porque de todos es sabido que el tiempo es el que más contribuye a enfriar pasiones y afectos, dejando como recuerdo de las personas queridas, esa melancólica tristeza por la que tan grata nos es su memoria.

Y no es sólo el vínculo que me unía a él la razón suprema de que me ocupe de tan esclarecido Médico, es principalmente el convencimiento íntimo que tengo de lo muchísimo que valía, hasta el punto de colocarle entre las figuras más excelsas del siglo XIX.

Nadie hubiera pronosticado cuando era niño, lo que iba a ser más tarde; pues hasta los cinco o seis años, ni hablaba, ni se fijaba en nada, y sus padres estaban profundamente contrariados por creer se trataba de un degenerado, cuando a dicha edad les sorprendió bruscamente el que empezará a hablar, a leer y a escribir en el poco tiempo de un mes, y se despertara aquel entendimiento que parecía estar cubierto con un velo espesísimo.

En la Escuela, el Instituto y la Universidad, demostró lo que podía esperarse de su talento y logró, con su aplicación, obtener la calificación de sobresaliente en toda su carrera, que terminó en 1860.

Su primera colocación fué de Titular de Los Arcos (Navarra), en donde había ejercido brillantemente su padre; y aquí fué donde demuestra el temple de acero de su alma. Se inició una epidemia de fiebres tifoideas y tuvo la desgracia de que los dos primeros casos, que recayeron en dos mozos del pueblo, fallecieron de dicha enfermedad; y como las familias primero y el pueblo después, atribuyeron dichas desgracias a no haberles sangrado (entonces muy en boga), la emprendieron a tiros con el Médico, y cuando éste, ileso, se albergó en su casa, la apedrearon furiosamente, no dejando sanos ni ventanas, ni balcones, ni cristales. Otro que no fuera Martín de Pedro, hubiera huído de aquel pueblo; pero él impávido, continuó visitando a todos durante tres meses más que duró la epidemia, y sea por su carácter, que se impuso a todos, sea por que no se murieron más de tifoideas, es lo cierto que su crédito adquirió gran relieve y entonces se despidió de aquel pueblo, prometiendo no volver a visitar más a ninguno de sus habitantes.

Se trasladó a Madrid, se hizo Doctor e ingresó, por oposición, en Sanidad Militar.

Todo el tiempo que permaneció en el Cuerpo, que fué tres años, lo pasó como Médico del Batallón cazadores de Arapiles, cuyo Jefe fué, hasta la revolución el caballero D. Antonio Lizarra, hombre recto, bueno, de grandes iniciativas y entusiasta de Martín de Pedro. Valiéndose de esta amistad, estableció una enfermería en el mismo cuartel con resultados verdaderamente sorprendentes, tanto en lo que se refería a la asistencia de los enfermos, como a lo económico de la estancia, que ascendía a 75 céntimos de peseta. Con tal motivo elevó a la Dirección general una Memoria sobre «las Enfermerías en los Cuerpos de guarnición,» llena de observaciones curiosas, y sobre todo de datos estadísticos, que llamó mucho la atención por su originalidad, y sobre todo, por su valiente iniciativa al separarse de la rutinaria reglamentación en la asistencia de los enfermos de un Batallón, que debe considerarse como una *familia* y ser visitada por su *Médico de cabecera*.

En 1866 hizo oposición a la Cátedra de Patología médica de Santiago, que también la ganó por unanimidad, y excuso decir con el gusto que le dió posesión el Rector de dicha Universidad, sabiendo que su hijo también la pretendía; presentó la dimisión enseguida, por no gustarle Santiago; regresó a Madrid, y en 1867 entró en la Beneficencia provincial, con el número uno de su promoción.

El Hospital General de Madrid fué el teatro de sus triunfos y origen de su gran reputación. Cuando hablamos del Dr. Leganés, dijimos que los Profesores de la Beneficencia provincial crearon la Escuela li

bre de Medicina, y a Martín de Pedro le tocó encargarse de la asignatura de Patología interna y Clínica Médica. El trabajo que se impuso fué, sencillamente, colosal. Por la mañana, al pasar visita, daba una explicación acerca de cualquier enfermo o enfermos, en que tomaban parte los alumnos encargados de su observación, y muchos días se trasladaban al depósito de cadáveres para comprobar o no los diagnósticos respectivos. Las equivocaciones instruían tanto o más que los aciertos.

A las cuatro de la tarde se daba la clase de Patología, que venía a durar una hora larga, y a continuación, vuelta otra vez a la Clínica, que solía prolongarse hasta las siete u ocho de la noche.

Martín de Pedro ofrecía dos aspectos completamente distintos; cuando explicaba en la clase la lección teórica, era poco elocuente, premioso y tardo en la exposición, aunque se le oía con gusto por su originalidad y por exponer cuanto se había dicho hasta última hora, acerca del particular; pero pasando todo por el crisol de su juicio luminosísimo, y marcando siempre el origen histórico de todas las ideas médicas modernas; procurando unir el ayer con el hoy, como se unen los anillos de una cadena. Mas, cuando se trasladaba a la Clínica, se operaba un cambio radical en todo su sér; se metaforseaba; parecía otro hombre, y lo era; y dependía, sencillamente, de que cuando explicaba Patología no llamaba extraordinariamente la atención; pero a la cabecera de un enfermo era la representación del *genio clínico*. Para serlo tenía almacenados todos los conocimientos que la Historia de la Medicina nos enseña, desde Hipócrates hasta hoy; todo lo que había aportado el siglo XIX la brillante Escuela francesa; todo lo que enseñaba, a la sazón, Virchow y su portaestandarte Niemeyer, y, principalmente, que Dios le había dotado de un talento de observación extraordinario, de una percepción de sentidos poco común, y, sobre todo, de una crítica esencialmente personal, hija de una profunda meditación en algunos casos, o de intuición portentosa, rápida y brusca, en otros. El reconocimiento detenido, su admirable interrogatorio y la educación de aquellos sentidos, con los que hacía diagnósticos precisos; el interés grandísimo por acertar, y, finalmente, aquella mirada de genio, junto con un entendimiento preclaro, hacían que se apoderara del ánimo del enfermo, de la familia y hasta de sus compañeros; ejerciendo sobre todos la sugestión que produce siempre el genio. Se agigantaba, entonces, su figura; explicaba, con gran elocuencia, la génesis de la enfermedad, su evolución, su fisiología patológica y, principalmente, su tratamiento; y del conocimiento de la enfermedad sentaba pronósticos admirables que jamás se nos han olvidado a los que tuvimos la

dicha de estudiar bajo su dirección, y que, en su época, le calificaban, por esta circunstancia, de «*Nuevo Gutiérrez*».

Muchos casos podría citar para demostrar estos extremos, pero me bastarán dos: un día había terminado la visita y se estaba lavando las manos, cuando ingresó un enfermo, lo miró, mandó que lo llevaran a la cama y rogó a los Doctores D. Benito Hernando y D. Alejandro San Martín, discípulos suyos, pero ya Catedráticos de Granada y Cadiz, que habían ido a saludarle, le dijeran qué tenía el enfermo. Lo observaron cuidadosamente, y Hernando manifestó que había notado una intensa congestión pulmonar, preludeo, probablemente, de una pulmonía, mientras San Martín aseguraba que se trataba de una fiebre tifoidea. Ante la negativa rotunda de Martín de Pedro, Hernando se calló, pero San Martín, que tenía un amor propio exagerado, replicó: creo D. Ezequiel que tiene todo el cuadro sintomático de una tifoidea. Entonces se volvió rápidamente mi tío, y dirigiéndole aquella mirada que dominaba a todos, le contestó: Sr. San Martín, Martín de Pedro, hasta que se muera, será siempre Profesor de Clínica Médica de usted, y para convencerle de su error, voy a dejar al enfermo hasta mañana, para que vea usted una *viruela confluyente*. Fuimos todos al día siguiente con el interés que es de suponer, y comprobamos enseguida la erupción variólica diagnosticada la víspera. San Martín, que quería mucho a su Maestro, le dijo: perdóneme; pero ¿cómo, y por qué hizo usted el diagnóstico sin haber visto al enfermo? Porque *olía a viruelas*, le replicó.

En otra ocasión había en la Sala un enfermo que ingresó con una pulmonía fibrinosa grave, de cuyo estado salió victorioso en el primer septenario, y al final del segundo encargó a tres alumnos, Médicos ya, que lo vieran y dijeran qué tenía el enfermo; lo examinaron, lo auscultaron y manifestaron que el enfermo estaba en convalecencia, sin resolver todavía el infarto neumónico. Martín de Pedro, dirigiéndose al enfermo, le dijo: dentro de veintiocho a treinta días, sentirá usted opresión, fatiga y ahogo intenso; venga al Hospital y pida para mi Sala, y para que coma usted los primeros días, tome estas cinco pesetas. Y volviéndose a nosotros, nos dijo: en este tiempo se le formará un absceso en el pulmón derecho, y como hoy por hoy no contamos con bisturí para abrirlo, lo haremos con el tártaro emético, para ver si logramos su comunicación con los bronquios. Como era una especie de libranza a treinta días vista, fué objeto el pronóstico de vivos debates en pró y en contra, por parte de los alumnos, hasta que, cumplido el plazo, se presentó el pobre enfermo ahogándose, y por la

acción del emético evacuó más de un litro de pus fétido, tardando más de tres meses en restablecerse.

La obra de Wunderlich, sobre temperatura, traducida a la sazón al francés, fué la que le sirvió de estímulo para pedir a Celsius de Leipzig doce termómetros clínicos, los primeros que se usaron en España. La epidemia de fiebres tifoideas que hubo en 1868 y que tan caro costó al personal de la Beneficencia provincial, sirvió al Dr. Martín de Pedro: 1.º para comprobar la veracidad de línea térmica señalada por Wunderlich a la tifoidea, y 2.º para emplear los baños generales como tratamiento, y con los que tan benéficos resultados obtuvo. Con tal motivo escribió una Memoria llena de observaciones curiosas, con curvas termo-esfigmográficas y respiratorias, dirigida a la Diputación que, según mis noticias, ha desaparecido.

No tardó en descubrir en dicha enfermedad un fenómeno nuevo, y no señalado por nadie, para el diagnóstico precoz de la tifoidea: el de la *línea muscular maligna*, y que, posteriormente, se ha querido aplicar al de la meningitis, y aun ha habido autor extranjero que, muchos años después, se ha apropiado la novedad también para el diagnóstico de la tifoidea.

Nos hacía observar un síntoma no señalado por los autores y que he visto comprobado siempre; el de una respiración seca, como metálica, resonante, que procede siempre veinticuatro o treinta y seis horas antes de la inflamación del pulmón, y que me ha servido para pronosticar la aparición pronta de una pulmonía. Cuando se observa bien y se enjuicia mejor, como le ocurría a él, se descubren secretos a la Naturaleza que para la mayor parte permanecen ignorados. Díganlo sino las relaciones de casualidad que encontró entre lesiones ligeras de la matriz y ovarios, con la neuralgia del quinto par intercostal izquierdo, palpitations y hasta pseudo-anginas de pecho, síndrome que lo denominó *uterismo torácico*, y para cuyo tratamiento propuso una *medicación lógica y racional*.

Llenaría muchas cuartillas si fuera a indicar una porción de datos y signos personalísimos de Martín de Pedro, y de capital importancia sobre todo para el diagnóstico y pronóstico de varias enfermedades, cuya enseñanza clínica sirvió de base para que ejercieran la Profesión, con la brillantez que todos conocen, a hombres de la talla de San Martín, Benito Hernando, Cortezo, Gurrucharri, Espina, Huertas, Morcillo, Frauca y muchos más, que siempre admiraron las condiciones excepcionales de aquel gran observador.

Y esta misma originalidad se manifiesta en sus escritos; y así en

1865, en el discurso del Doctorado que versaba sobre «Las ventajas prácticas de la Escuela vitalista, sobre la Orgánica y anatómica», hacía una crítica de la Patología celular de Virchow, y manifestaba que sus doctrinas estaban llamadas a producir una verdadera revolución médica, y después, en sus explicaciones, prefería las descripciones anatómo patológicas de Niemeyer, a las de los demás, vislumbrando la doctrina bacteriana que hoy todo lo domina.

Los magníficos artículos que publicó de *Teratología* le sirvieron para estudiarla a fondo, examinar todos los monstruos existentes en los Museos de Historia Natural, del Dr. Velasco, de la Facultad de Medicina, y clasificar el de la Escuela de Veterinaria, llamando la atención de que si se reunieran todos en un local, constituiría el mejor y más numeroso Museo de Teratología de Europa. Estos estudios le sirvieron para pensar en la experimentación fisiológica humana y sus relaciones con la herencia, tanto física, como moral y patológica; pues encontraba un enlace íntimo entre las anomalías, deformidades y monstruosidades, con los sexdijitarios, labio leporino doble, forma de la nariz y del rostro, talla, gordura, etc., y cualidades morales, así como entre las enfermedades de los ascendientes y las diátesis heredadas; estudios todos curiosísimos, basados en infinidad de coincidencias tanto fisiológicas como patológicas, entre los progenitores y sus descendientes. Lástima no se haya continuado.

Con motivo de un caso de tétanos curado por medio de los baños, publicó su folleto «*Nueva doctrina acerca del Tétanos y de su curación*;» trabajo notabilísimo y original que llamó mucho la atención, tanto en España como en el extranjero, por separarse completamente de las ideas que entonces reinaban sobre dicha enfermedad, y explicar lógicamente, sobre todo, la fisiología patológica del mal.

Del mismo sello de originalidad es su magnífico discurso de recepción en la Real Academia de Medicina sobre «*La malignidad en las enfermedades*,» trabajo profundo muy pensado, y de una utilidad inmensa, para el Médico práctico. Lo presentó, pero no logró leerlo; la muerte le sorprendió en su tramitación.

Sus artículos sobre el *Amasamiento de los órganos*, en 1864; la *Pelagra estudiada en el Hospital General*, y muchos más de observación clínica, demostraban a más de su laboriosidad extraordinaria, un talento de observación poco común.

Por último, tuvo la idea de escribir y publicar una obra de patología médica completa; y con el entusiasmo que le caracterizaba, llegó a terminar una parte tan solo, la *Piretología*, que la Diputación pro-

vincial publicó a sus expensas después que murió, como homenaje a la memoria de tan esclarecido Médico.

Martín de Pedro era de poca estatura, tez morena, barba negra, cabeza voluminosa, frente espaciosa, mirada muy penetrante, carácter alegre en ocasiones, pero más veces serio y reflexivo; de una sensibilidad exquisita y delicadeza extremas, admiraba y se extasiaba con los genios inmortales de la Pintura, de la Música y de la Arquitectura; se entusiasmaba con la lectura de nuestros clásicos, tanto literarios como místicos; amaba entrañablemente a la flor y al niño, y ejercía la medicina con caridad, con desprendimiento, y con tal cariño y afecto hacia el enfermo, que todos descubrían enseguida un corazón hermoso y un gran entendimiento.

Fué un obrero de la ciencia, infatigable; un pensador profundo; un Médico caritativo y espléndido con todos; supo elegir una carrera predilecta para sus aficiones; descolló, sobre todo, como observador y experimentador clínicos; parecía un viejo por su experiencia, sagacidad y prudencia, y sin embargo murió joven, a los treinta y nueve años de edad, y en esto se pareció al gran Bichat, que falleció a los treinta y tres, y a nuestro eminente Balmes, que sucumbió a los treinta y seis.

Tan solo ejerció la profesión durante quince años (de 1860 al 75), y de éstos, en los diez últimos fué cuando desplegó sus poderosas facultades intelectuales en oposiciones, en la Cátedra y en la Clínica, escribiendo muchos artículos, Memorias, folletos y obras; dando conferencias; visitando numerosos enfermos en la población, y siempre pensando mucho en cualquier problema biológico desconocido, con aplicación a la clínica; y aquel cerebro no descansaba más que cuando lo había resuelto.

Si en diez años dió muestras de una actividad tan extraordinaria; ¡de cuánto no le hubiera sido deudora la Medicina española, si Dios le hubiera prolongado unos años más la vida!

Don Julián Ortiz de Lanzagorta

Rubio, pequeño de cuerpo, serio, y de mirada intensa, noble y decidida; andar pausado; de modales finos, educación esmerada y conversación amena, alegre en ocasiones, y siempre culta; tal era la personalidad de D. Julián Ortiz de Lanzagorta.

Entendimiento extraordinario; cultura vasta, extensa y muy cimentada; juicio clarísimo y voluntad enérgica y decidida, eran sus cualidades principales; pero había otra sobresaliente: la de ser un gran observador, y, por consiguiente, un eminente clínico; y con estas condiciones y su trato social encantador, ¿qué de particular tenía que gozara de un crédito y una reputación muy grande?

En los años que llevó ejerciendo la profesión no he encontrado Médico-cirujano más completo que Ortiz de Lanzagorta. Encargado de una sala de cirugía, cumplió su cometido a conciencia y con arreglo al progreso de la ciencia; era operador habilísimo y arriesgado; fué el primero, en España, que hizo la desarticulación coxo-femoral y otras operaciones que más adelante se clasificaron de alta cirugía, y en todas demostró tener conocimientos profundos, ser un artista, gran pericia y poseer una sangre fría extraordinaria, con la que dominaba los accidentes, novedades y peripecias que en toda operación pueden presentarse. Era, en una palabra, no sólo un buen Cirujano, sino también un gran operador.

Descolló también como habilísimo tocólogo. Conozco casos de distocia, tratados por él, en que gracias a su habilidad, pericia, arte consumado y sangre fría, debieron la vida madre e hijo a su intervención afortunada. Mas no es esto sólo; celebré varias consultas con Lanzagorta, de asuntos médicos, y pudo convencerme de que era un clínico eminente en padecimientos internos, por su habilidad en el reconocimiento y por sus grandes aciertos en el diagnóstico, pronóstico y tratamiento, y también por sus vastos y extensos conocimientos,

Por estas consideraciones manifestaba antes, que Lanzagorta era el Profesor más completo que he conocido, porque aunque estaba al frente de una Clínica quirúrgica, con la misma brillantez hubiera visitado

otra de Médica o se hubiera encargado de una Casa de Maternidad. A nadie con más razón podía llamarse *Médico-Cirujano*, porque no era posible clasificar en cual de las dos ramas brillaba más, aunque él se incluía siempre entre los Cirujanos.

Su Sala era muy concurrida por todos los que pretendían perfeccionarse en la práctica de la Cirujía y adquirir los conocimientos clínicos que, con gran bondad y elocuencia, los daba, bien a la cabecera del enfermo o en conferencias clínicas, brillantes por su elocuencia y por el método y orden que las exponía.

Tomó parte también en las discusiones movidas de la Academia Médico quirúrgica, con brío, energía, y aquel calor y entusiasmo que ponía en todas sus cosas, sobre todo cuando pretendía comunicar y transmitir a sus oyentes su convencimiento sobre cualquier tema que se pusiera a discusión.

Es lástima que un hombre dotado de tan excepcionales condiciones, talento, cultura y práctica muy acertada, apenas escribiera nada, y consistió, principalmente, en que su ánimo, embargado por completo por una pasión amorosa, intensa, no le dejó vagar por los ámbitos de la ciencia, y cuando, después de algunos años se convenció de la inutilidad de sus afanes, en vez de agarrarse, como tabla de salvación, a la Religión y al trabajo, se abandonó a sí mismo, apoderándose de su ser, tal abatimiento y tristeza, aquel hombre antes tan enérgico, que sucumbió de ella en 1884, aunque se certificara su enfermedad de *cirrosis del hígado*.

¡Pobre Lanzagorta! ¡Cuánto sufrió aquel perfecto caballero, Médico eminente, excelente amigo y compañero y hombre bueno, sobre todo, por una pasión no correspondida!.

Don Domingo Pérez Gallego.

En mis tiempos de estudiante había adquirido el Hospital de San Juan de Dios un crédito justificado, merecido y honroso, gracias, sobre todo, a la gran reputación que gozaban, a la sazón, todos sus Profesores, cuyas clínicas eran visitadas por infinidad de alumnos que iban a imponerse de los conocimientos teórico-prácticos en sifiliografía y dermatología, especialidades que ni se las saludaba en la Facultad de Medicina, saliendo el novel médico completamente ayuno en el conocimiento de ambas.

Uno de los que más contribuyeron a que se despertara la afición al estudio de las enfermedades venéreas y sifilíticas fué, indudablemente, don Domingo Pérez Gallego.

Era el bueno de D. Domingo, como todo el mundo le llamaba, un señor más bien alto, sumamente grueso, de abdomen muy pronunciado, rubio, de ojos azules, mirada plácida y en ocasiones socarrona, frente despejada, de andar pausado y de hablar más pausado aún, entendimiento clarísimo y carácter muy entero.

Era, por decirlo así, el Presidente de aquella célebre peña del Suizo, de la que fueron comensales Perico Martínez, Martín de Pedro, Federico Rubio, Lucientes, Marcial Taboada, José Olavide, Benito Hernando, Moisés Sanjuán y Manuel Saénz Díez, entre otros nombres gloriosos en la Medicina Española y que todos han sucumbido dejando todavía el recuerdo cariñoso de sus buenas obras y acertada práctica y la admiración por los trabajos que nos legaron, hijos de su gran entendimiento.

Y viene a mi memoria esta reunión, porque a Pérez Gallego, no lo concibo que estuviera solo; siempre le ví rodeado de amigos y discípulos en el Hospital, en el café, en la calle, en el teatro, en todas partes, y lo mismo sus compañeros, que sus clientes, que la sociedad y que las Corporaciones, constantemente le pedían su juicio, su opinión o sus consejos sobre puntos los más heterogéneos, sociales, morales, filosóficos, médicos, familiares y hasta administrativos, y en todos ellos concurría con una clarividencia admirable.

Tenía gran cariño a todos sus Maestros, principalmente a D. Bonifacio Gutiérrez, y más que a nadie a D. Diego de Argumosa, considerándole como indomable carácter, sabio excepcional, maestro inimitable y

artista que rayaba a una altura a que no han llegado los mejores de los demás.

Su enseñanza la impregnaba de espíritu de verdad y de la hombría de bien que le caracterizaba, y su doctrina resultaba ajustada a esa misma verdad, clara, sencilla e irreprochable como una estatua griega. Así es que los discípulos no tenían necesidad de hacer esfuerzo alguno para escuchar con interés, aprender, no olvidar y poner en práctica lo que oían.

Con sus lecciones clínicas sobre diversos temas de la especialidad, expuestas con brillantez, método y claridad, adquirió un crédito justificadoísimo, crédito que en todo especialista, sea cual fuere, está en relación siempre con el grado de cultura que tenga en las restantes ramas de nuestra ciencia, y Pérez Gallego brilló porque era un Médico de cuerpo entero, que fué admirablemente preparado, cuando se dedicó a dicha especialidad, teniendo por maestro al célebre Ricord, del que se hacía lenguas por su ciencia, sociabilidad y afecto y cariño con que le trató siempre. Nada de particular tiene que con esta admirable educación científica y sus grandes dotes clínicas, gozara de una de las mayores reputaciones en su tiempo, efecto también de sus excelentes condiciones sociales y del don de gentes, que lo poseía como pocos.

Todos admiraban sus vastos conocimientos en una rama muy descuidada hasta hace poco, pero de una importancia capital para la clase médica, *la administración sanitaria*. Méndez Alvaro y después Taboada, eran los que más se ocuparon de esta materia; pero todos reconocían en Pérez Gallego cualidades superiores y mayor autoridad, porque si no estoy equivocado, tanto Taboada como Lucientes, fueron los intermediarios entre el Médico de San Juan de Dios y los Ministros de la Gobernación, sobre todo de Romero Robledo, para que aparecieran en la *Gaceta*, en forma de Decretos, algunas ideas que sobre sanidad tenía aquél. Y buena prueba de su conocimiento en la materia le había dado en sus magníficos «*Estudios de administración con relación a Beneficencia y Hospitales*» que publicó en la crónica de los Hospitales.

Brilló Pérez Gallego por la ponderación de sus facultades intelectuales, que hacía que sus consejos fueran sabios, prudentes, acertados y de un gran sentido común; era muy dado al cuento, al chiste, y al chascarrillo, que los contaba con gracia, con pausa y con solemnidad; fué un gran especialista, pero dejó muy poco escrito; de hermosos sentimientos; algo socarrón y un mucho Volteriano; falleció a consecuencia de la diabetes sacarina, dejando un gran vacío entre sus numerosos amigos y clientes.

D. Francisco Muñoz

Uno de los médicos más prestigiosos en tiempo de La Escuela Libre de Medicina, fué D. Francisco Muñoz. Encargado, como Martín de Pedro, de la enseñanza de la Patología y clínicas Médicas, dió pruebas admirables de su saber y sagacidad como observador, tratando de inculcar al alumno los signos principales con los que procuraba señalar las lesiones anatómicas que casi siempre se comprobaban en la autopsia.

Veía a los enfermos con un detenimiento extraordinario; se fijaba en los antecedentes de familia; seguía paso a paso la evolución de la misma, y, por último, examinaba al enfermo con una minuciosidad extrema, causa de que hiciera diagnósticos precisos y muchas veces asombrosos, sencillamente por haber observado mucho y bien al enfermo y no haber quedado sistema, aparato, ni órgano, sin la correspondiente exploración. En general, los errores diagnósticos dependen, en la mayoría de los casos, de no haber examinado convenientemente a los enfermos. A pocos médicos he conocido que observaran con más detenimiento y paciencia que al Dr. Muñoz, y de aquí que gozara lo que no es decible, cuando en la autopsia comprobaba las lesiones anatómicas que había diagnosticado en vida. Sus aciertos a la cabecera del enfermo, y sus brillantes lecciones de Patología Médica, fueron el origen de su extensa y bien cimentada reputación, tanto entre sus discípulos y compañeros como en toda la sociedad de Madrid, de la que pudo aprovecharse pocos años, por el delicado estado de salud.

Muñoz, como todos los que se deben a sí mismos, su posición pasó por muchas contrariedades y amarguras hasta que llegó a lo que se proponía, y cuando ya alcanzó la meta, otra serie de disgustos hizo que su vida no fuera todo lo satisfecha que podía esperar, reflejándose en su mirada melancólica y triste, las torturas que existían en aquella alma varonil y de una entereza extraordinaria, que soportó un padecimiento crónico del pecho con una paciencia admirable.

El Dr. Muñoz era de estatura regular, algo encorvado, mirada penetrante, que parecía más al través de las gafas; color cetrino, cara

contraída, como en los biliosos, muy susceptible, bastante irritable, aunque algunas veces se contenía por educación; manera de hablar brusca, seca y con pocos circunloquios retóricos, excepto con las personas, sanos o enfermos, que conocía hacía tiempo, con los que era cariñoso y hacía gala de sus hermosísimos sentimientos. Trabajador incansable, publicó muchos artículos en la revista de Medicina y Cirujía, de un sabor práctico admirable; de una fuerza de voluntad, como se ven pocas, porque dominando los sufrimientos físicos de su mal, acudía al Hospital, a su clientela y aún a reuniones científicas, haciendo como si se olvidara del padecimiento que lo llevó al sepulcro en 1883.

Maestro venerado por todos sus discípulos y desgraciado física y moralmente, dejó como clínico eminente un recuerdo de admiración y simpatía entre todos los que tuvimos la dicha de tratarle, y de gratitud entre los numerosos discípulos que admiraban siempre la sabiduría de tal Maestro.

D. Marceliano Gómez Pamo

Uno de los Cirujanos de este Hospital que gozó de gran crédito en su tiempo, fué D. Marceliano Gómez Pamo.

De estatura más bien pequeña, cara sonriente, plácida y en ocasiones algo socarrona, pero siempre bondadoso con todos, complaciente y de conversación insinuante y algunas veces incisiva, sin que sus frases molestaran lo más mínimo a la persona a quien iban dirigidas.

Profesor de Clínica Quirúrgica después de la Revolución de Septiembre, fué su Sala centro a donde acudían muchos alumnos para oír a Gómez Pamo las hermosas lecciones que, con motivo de los numerosos enfermos de cirugía que estaban bajo su dirección, les daba, bien sobre la patogenia, bien sobre el diagnóstico o bien, sobre todo, acerca de las indicaciones o contraindicaciones de una operación, manera de ejecutarla, peligros que podían presentarse, modo de evitarlos o de dominarlos y resultados favorables o adversos para el enfermo. Explicaba con claridad y método, y sus decisiones iban precedidas siempre de un estudio detenido de la enfermedad y de las fuerzas del paciente; meditaba mucho las contingencias que pudieran sobrevenir, y una vez compulsado todo y decidido, no tardaba en ejecutarlo con gran rapidez. Hombre ponderado y prudente no practicaba una operación que no estuviera muy indicada y que ofreciera grandes probabilidades de éxito; y en el acto operatorio, era sereno, hábil, de grandes conocimientos anatómicos y de mucha pericia y sangre fría cuando se presentaba un incidente que comprometiera la vida del enfermo. Le ví operar tumores del cuello en que demostró una habilidad suma sorteando los vasos y nervios de dicha región, asunto no tan fácil como algunos creen.

Gómez Pamo demostró ser un buen cirujano y un gran operador, gozó de excelente crédito científico, y si no le acompañó el social, fué debido, en gran parte, a sus condiciones personales que daban por resultado un retraimiento *social y científico* un poco exajerado, debido más que todo a su excesiva modestia en todas las manifestaciones de su vida, cualidad que le hacía agradabilísimo a todos los que nos honrábamos con su amistad y que sabíamos lo que valía; pero que, por lo

visto, es contraproducente en este siglo del anuncio, bombo y platicos.

Hombre muy laborioso, escribió una *Disertación sobre heridas por armas de fuego*, magnífica monografía premiada por la Real Academia de Medicina; un *Tratado de apósitos y vendajes*, en colaboración con D. Francisco Osorio; muchos artículos de Clínica quirúrgica y estadística, publicados en los periódicos profesionales, y por encargo de los librereros Moya y Plaza, tradujo bastantes obras de Cirujía, entre las que hay que mencionar *La Patología y Clínica quirúrgica de Fort*.

Las condiciones morales de Gómez Pamo, eran superiores: caballero perfecto, incapaz de molestar a nadie, y por lo tanto buen compañero; amante de su familia, excelente amigo, dispuesto siempre a complacer a todos; cumplidor de su deber, cuidadoso en extremo con los enfermos, y sobre todo con los operados, eran cualidades que, unidas a su modestia, le hacían simpático en alto grado a los que tuvimos el honor de contarnos entre sus amigos. Falleció en 1890, a consecuencia de la *grippe*, pocos días después de la muerte del incomparable tenor Julián Gayarre.



D. Mariano Benavente

Parece que lo estoy viendo; pequeño de cuerpo, moreno, de andar pausado, frente espaciosa, mirada viva y penetrante, nervioso e impresionable, susceptible y pareciendo siempre preocupado; tal es el voceto del ínclito D. Mariano Benavente, que gozó en vida de una reputación envidiable.

Como todos los grandes hombres, pasó en su juventud estrecheces y apuros, consolados tan sólo por las legítimas ideas de ambición de ser algo, de tener confianza en sí mismo, y de poseer un talento privilegiado y una fé ciega en la virtud del trabajo, que no le abandonó hasta el fin de su vida.

Desde que tomó posesión de su plaza de Médico de la Inclusa, ganada en brillante y reñida oposición, puede decirse que empezó a darse a conocer dentro de la Corporación, tomando parte en todas las discusiones más importantes, aportando datos interesantísimos, en las Comisiones de que formó parte, y, sobre todo, en la de «Alimentación de los Hospitales» que encargó al ponente Martín de Pedro manifestara a la Diputación, en el informe, que la Inclusa no debía llamarse así, sino *Casa del Hambre*; y fuera de la Corporación escribiendo multitud de artículos en el *Siglo Médico*, dando conferencias y tomando parte en discusiones interesantes, primero en la Academia Médico-Quirúrgica y después en la Real Academia de Medicina desde que fue elegido Académico.

Benavente era un tipo especial, que se diferenciaba de la mayoría de los Médicos por cualidades personalísimas. Tenía tal idea del decoro y dignidad profesional, que no consentía de la Sociedad que metiese su cuarto a espadas en cuanto se refería a la enfermedad o a la conducta del Profesor, y como de *Médico, poeta y loco*, todos tenemos un poco, excusado es manifestar lo contrariados que quedaban todos y más si recaía el sofión en sujetos nerviosos, habladores y muy posesionados de su opinión, que no le perdonaban aquel autoritarismo manifestado en forma brebe, seca y sin apelación. De aquí que Benavente opinara que la demasiada familiaridad y conversación con los enfermos y sus familias, quebrantaba mucho la fama del Médico, y esta creencia la

confirmó en una frase célebre: que el mayor enemigo de éste en las casas era la *silla*.

Tuvo la oportunidad y el talento de crear en España una nueva especialidad, la de *Médico de los niños* o Paidópata, como hoy se dice, y no tardó mucho tiempo en que todos le reconocieran como la primera autoridad en esta materia. Sus trabajos constantes y permanentes para mejorar las condiciones de los niños de la Inclusa, cerca de las señoras que componen la Comisión de Beneficencia, primero, y de la Diputación después, aunque produjeron algún resultado al principio, fué éste tan pequeño, que no compensaba la horrible mortalidad que se producía, en el fondo, por hambre, de las infelices criaturas que pagaban con su vida los vicios, enfermedades y falta de los sentimientos más nobles de sus ascendientes, más una detestable y fría administración sanitaria. Y no se crea que este juicio va dirigido sólo a la Inclusa de Madrid; la aplicó también a la inmensa mayoría de estos Establecimientos en España y en el extranjero. ¡Qué condiciones más detestables no observaría el Dr. Benavente en su larga práctica, cuando las llamó *Fábricas de escrófula!*

En su especialidad, gozó Benavente de un crédito de los mayores que he conocido, tanto en Madrid como en toda España, y, sin embargo, algunos compañeros que admiraban sus cualidades intelectuales, sus dotes de observación y sus golpes de vista certeros, *le temían en las consultas*, sencillamente por ser veraz, por no ocultar nunca su pensamiento con *frases convencionales*, que las conceptuaba siempre como hipócreasías sociales.

La primera consulta que celebré en Madrid fué con él y con D. Federico Rubio; no estuvo acorde con mi opinión y se permitió alguna frase molesta que dejaba mal parada mi autoridad cerca de la familia, contestándole yo con dignidad y entereza y separándome de él con cierta contrariedad, que no oculté tampoco. En la multitud de veces que nos reunimos hasta que murió, no he visto compañero ni amigo más correcto y cariñoso y al que más atenciones sociales debí.

Y es que en Benavente, tras la capa, al parecer brusca que tenía, con aquella frase acerada, irónica, seca y breve, hijo todo de una impresionabilidad nerviosa exajerada, se ocultaba un hermosísimo corazón que se traducía por ejercer su profesión y practicar la caridad a manos llenas, sin examinar si el enfermo era rico o pobre, célebre o humilde, si habitaba en palacio o en modestísimo cuarto; y quizá era más exigente y puntilloso con los altos y poderosos, que con los desheredados de la fortuna y con ese maremagnum social que se denomina clase media,

En su mirada había cierto fondo de tristeza que dejaba entrever alguna preocupación; pero carácter entero, jamás la manifestó; pensador profundo, expresaba su juicio, lo mismo en sus discursos que en sus escritos, con desenvoltura, con un aticismo sin igual, con muchísima ironía, con frases preciosísimas que provocaban siempre la hilaridad, y con un ingenio, encanto y originalidad, que hacían muy amenos sus escritos y oraciones. Tuvo también sus atisvos de poeta y los pseudónimos Benito Revana Mena, Más Bulimia y Román Nevet, eran muy conocidos de los lectores de *El Siglo Médico*.

Y este sello de originalidad se vé en todas las producciones de Don Mariano, lo mismo en los que llevan por título «*Cuidados que deben prestarse a la etiología en el tratamiento de las enfermedades nerviosas; el fitoparasitismo, Sintomatología de la rabia* y en varios apuntes de *consultas*, que en los hermosos discursos leídos en la Real Academia, sobre todo en el que lleva por título «*Concepto de la hidropatía Española en el siglo XVIII*»

Benavente fué un hombre honrado, caritativo, bueno y fiel cumplidor de su deber hasta el punto de que celebré una consulta con él, amagado ya del ataque de angina de pecho, dos días antes de morir, en Abril de 1885. Profesor prestigioso, clínico eminente, célebre por sus acertados pronósticos, escritor distinguido y creador en España de la especialidad «*Medicina de los niños*» y hombre laboriosísimo, pues no desperdió un minuto, porque lo dedicaba a visitar, a las Academias, a lecturas médicas y al estudio de los clásicos tanto latinos como españoles, en cuyas literaturas era muy versado.

¿Extrañará a nadie que sus excelsas cualidades médicas se vean reproducidas en su hijo y amigo de todos nosotros D. Avelino?

Menos sorprenderá todavía que su otro hijo D. Jacinto, el *monstruo de la dramática moderna*, haya heredado el aticismo, la ironía y la crítica social y literaria, corregido y aumentado, inmortalizando de esta manera su glorioso apellido.

D. Pascual Candela y Sánchez

Uno de los Profesores del Cuerpo más prestigiosos y que han gozado de más fama en Madrid, fué D. Pascual Candela, Ayudante, primero, de D. Serapio Escolar, y después, del reputado Dr Sumsi. Cuando éste se retiró a Valencia, procuró que le sustituyera en su clientela particular, y con tal base y sus excelentes condiciones personales, no tardó en abrirse paso y llegar, en definitiva, a ser el Médico de mayor reputación entre las clases más selectas de Madrid.

He conocido a muy pocos profesores con las magníficas cualidades que adornaban a Candela para visitar enfermos de las clases elevadas.

Predisponía en su favor, en primer lugar, la figura; su semblante, con pelo y barba muy rubios; ojos azules y saltones, que indican buena memoria, mirada dulce, frente grande, ancha y despejada, y cierta sonrisa, que siempre le acompañaba, empezaba por inspirar simpatía a todo el mundo, que aumentaba enseguida por su porte distinguido, exquisita educación y conversación muy amena, más otra cualidad excelente para la sociedad, el de *saber escuchar*, al parecer, con calma y sin demostrar jamás inquietud, contrariedad o deseos de acabar pronto.

Había cierta ecuanimidad en sus facultades intelectuales; era muy observador, no sólo clínico, sino social, y desde este punto de vista tenía cierto parecido con D. Ramón Félix Capdevila, de quien era entusiasta amigo y admirador, y al que creo tomó como modelo; veía con gran cuidado y atención a los enfermos, enjuiciaba bien y manejaba le terapéutica de una manera admirable.

Empezó dándose a conocer en el Hospital general, explicando libremente la asignatura de Clínica médica siguiendo principalmente las ideas de Trousseau, de quien era un ferviente admirador. Observaba a conciencia; interpretaba los fenómenos con gran sentido común, y todo lo expresaba en la consulta de una manera maravillosa y con una claridad envidiable.

Efecto del gran trabajo y ocupaciones perentorias, dejó Candela muy poco escrito: algunas historias clínicas en el *Siglo Médico y Revista de Medicina y Cirugía*; el Discurso de recepción en la Real de

Medicina que versó a cerca del *Medicamento* y el inagural que discutió sobre el *Histerismo desde el punto de vista social*, trabajo meditado, bien escrito y de gran enseñanza, por ser fruto de una larga y buena práctica.

Las condiciones morales de Candela eran excelentes: cumplidor de su deber; perfecto caballero, buen amigo, padre modelo de dilatada familia, culto, educado, fino, observador concienzudo, don de gentes, afable y cariñoso con todos, son cualidades muy difíciles que se reúnan en una sola persona, y como Candela las poseía, nada de particular tiene que adquiriera fama y reputación extraordinarias y que visitara a la mayor parte de la aristocracia, banqueros, gente adinerada, ministros, embajadores, etc. y, por último, que le llamaran los Reyes para que formara parte de la Real Cámara, en cuyo destino de Presidente de la misma, sucumbió en 1901 a consecuencia de un cáncer del vientre.

D. Francisco Osorio.

Todos saben que nos diferenciamos unos de otros por el semblante, por la diversa manera de ser, de sentir y de pensar y el distinto modo de funcionar los sistemas y aparatos; y si bien es cierto que tenemos mucho de común unos de otros, no cabe duda de que cuando es muy profunda la diferencia, podemos decir que nos encontramos enfrente de una personalidad especial, que se separa de los demás por rasgos propios que le distinguen de la inmensa mayoría de los individuos.

Tal ocurre con la personalidad de D. Francisco Osorio, Jefe que fué de la Casa de Maternidad de Madrid, uno de los tocólogos más eminentes de esta Corte.

Era Osorio una persona excelente, muy fino de trato, muy ameno y muy culto; dominaba perfectamente el griego, el latín y el francés; pequeño de cuerpo, vivaracho, rubio; enemigo acérrimo de la vida ordenada, y, claro es, jamás se le encontraba en casa a ninguna hora, y esto no era obstáculo para que estuviera al corriente de cuánto se publicaba, en Francia sobre todo, respecto a partos, y del instrumental nuevo que se relacionaba con dicha especialidad. Sus conocimientos eran extensos no sólo en lo concerniente a las diversas ramas de la Medicina, sino también en Literatura, en Geografía y en Historia, a cuyas disciplinas era muy aficionado.

Excéptico en Medicina, tenía muy poca fé en los tratamientos internos, hasta el punto de que en su última enfermedad llamó a un homeópata, y preguntándole por qué había tomado aquella determinación, me contestó: «no puedo acostumbrarme a que me pongan como a una criba con las inyecciones, y odio además a los *sombreretes*; así llamaba a los sellos medicinales.

Era muy aficionado a la mecánica; cuando le mandaban de París instrumentos nuevos, lo primero que hacía era desarmarlos, estudiar y mirar detenidamente todas sus piezas, los colocaba de nuevo y luego los hacía funcionar; cuando hacía uso de ellos los conocía también o mejor que el inventor o que el constructor, y de aquí que he visto a muy pocos que tuvieran la habilidad que Osorio para la aplicación a

una parturienta de todos los instrumentos tocológicos y que los manejara con mayor conocimiento y delicadeza. Sus éxitos en partos laboriosos y difíciles, le dieron una reputación extraordinaria, sobre todo entre los Médicos, que le considerábamos como uno de los tocólogos más hábiles de Marid.

Mas si científicamente todos teníamos una idea ventajosísima de su cultura y pericia, en la vida real nadie tenía confianza de que fuera a asistir un parto cuando se le llamaba, porque ya dije antes que nunca se le encontraba en casa. Como prueba de esta verdad, referiré el siguiente caso: hacía un año próximamente que se había casado Romero Robledo, ministro entonces de la Gobernación, y encontrándose su señora embarazada, pensaron en qué profesor la asistiría, y después de bastantes cavildeos, de muchas opiniones y grandes vacilaciones, acordaron se encargara del parto D. Francisco Osorio. Para encontrar a éste y comunicarle tal decisión, pasaron tres o cuatro días, y aceptada ya la asistencia, llegó por fin el momento del parto, y ¡aquí fué Troya! no encontraban a D. Francisco por ninguna parte; los recados eran cada vez mas urgentes; desplegaron a la policía que no dió con él, y al cabo de algunas horas regresó tranquilamente a su casa y costó todavía mucho trabajo el que fuera a la de Romero Robledo.

Esta conducta, rara y extraña, era causa de que no le llamara mucha gente que, en resumen de cuentas, no podía contar con él, y hacía que en la sociedad fuera poco conocido un hombre que valía muchísimo y que, por derecho propio, debía ocupar un puesto de primera fila; pero a Osorio le cargaba la sociedad; era muy modesto en su manera de vivir y prefería atenerse a recursos escasos pero gozando de libertad, que vivir esclavo de las gentes ganando mucho dinero.

Le admiré varias veces en la Casa de Maternidad, en multitud de operaciones que presencié; ¡qué habilidad! ¡qué precisión! ¡qué seguridad! ¡qué juicio para apreciar el momento crítico de la intervención!

Escribió pocos trabajos, pero todos de una enseñanza superior y maravillosamente redactados; su obra de apósitos y vendajes la publicó en colaboración con Gómez Pamo. El dominio que tenía de las lenguas le sirvió de estudiante, dando lecciones, para terminar la carrera; y después, para traducir del francés multitud de obras de Medicina que le encomendaban los libreros Moya y Plaza.

Osorio era de un entendimiento clarísimo, y muy culto; pero algo raro y extravagante en su vida ordinaria, y por esta circunstancia no ocupó en la sociedad el puesto preeminente que científica y prácticamente le correspondía. Los amigos, que le queríamos mucho, no pudimos hacerle variar un ápice en su manera de ser.

D. Eusebio Castelo y Serra

Sin querer, al hablar de Castelo, tengo que acordarme de Benavente, ¿por qué? No lo sé; pero siempre he encontrado muchas analogías entre uno y otro. Los dos eran vivos de genio, nerviosos, impresionables y de gran imaginación. De aquí sus aficiones literarias, su dominio del latín, aquel sentimiento estético que se notaba en sus escritos, con aquella fina sátira e ironía que tan agradable hacía su lectura; y para que la semejanza fuera completa y mayor, ambos honraron extraordinariamente esta Corporación; fueron Académicos, vivieron en la misma calle, fueron Jefes el uno de San Juan de Dios y el otro de la Inclusa, y eran íntimos amigos. Entre el carácter del uno y del otro, existía cierta semejanza y no se podía decir cuál de los dos era más trabajador.

Si Castelo brilló como pocos en Sifliografía, fué porque tenía una gran cultura enciclopédica, y, sobre todo, médica. Su clínica en el Hospital de San Juan de Dios se hizo famosa por los rasgos geniales de su Profesor, por su mucho saber, por su gran experiencia y por la brillantez con que exponía los más árdulos problemas de patología y clínica, que siempre llevaba el convencimiento al ánimo de sus discípulos. Fué un gran clínico que gozó de una reputación universal y dando muestras siempre de felices rasgos de ingenio. Acababa de reconocer el recto a un enfermo con el dedo, y sacándole lleno de excremento, exclamó contemplándolo «¡Y a esto llaman sacerdocio!»

Era Castelo nervioso, vivo de genio, de carácter algo áspero, frase seca, cortada y de ordeno y mando, y pareciendo siempre más que preocupado, contrariado. Entusiasta de la Profesión, dirigió admirablemente el Hospital de San Juan de Dios, y, en unión de Olavide, creó el Museo Anatómico patológico de dicho Establecimiento, prestando un notable servicio a la Medicina nacional.

Cuando sucedió en el Decanato a Benavides, no se encontraba a gusto; parecía le habían sacado de su centro, que era San Juan de Dios, y como dió la coincidencia que en su tiempo se reformaron los servicios de la Beneficencia provincial, creando las especialidades y variando hasta la manera de hacer las oposiciones, no dejó de sufrir disgustos,

contrariedades y amarguras durante la tramitación de aquellas innovaciones, debidas a la iniciativa del Dr. D. Angel Pulido, Diputado provincial a la sazón, y con los que estaba en un todo de acuerdo.

Castelo fué muy laborioso, redactor del *Siglo Médico*, en cuya colección existen infinidad de artículos de temas muy variados; observaciones numerosas y estudios de diversa índole que demostraban sus conocimientos enciclopédicos. Su estilo es ágil, ligero, ingenioso y siempre con cierto dejo de ironía, como se puede ver en su traducción con notas de la *Pelagra*, de Costallat; en sus magníficos discursos de la Real Academia, de cuya Corporación fué Presidente, y principalmente en el que versó sobre el *Estudio que de las bubas hizo el sabio Villalobos*, y, sobre todo, en sus famosas *Cartas Ginebrinas* publicadas en el *Siglo Médico* con motivo del Congreso Internacional de Higiene celebrado en dicha ciudad, cuyas bellezas de dicción y delicado sabor literario, pudimos saborear todo el mundo.

Escritor cultísimo, como Benavente, no produjeron todo lo que podían y sabían, dependiente principalmente del improbo trabajo que tenían, visitando sus salas y una gran clientela, con una consulta numerosa, acudiendo a las Academias y leyendo en los ratos libres el periódico, la Memoria o el libro para estar al corriente de la ciencia, trabajos y ocupaciones que son incompatibles con la sedentaria y contemplativa vida del escritor, a no ser robando horas al descanso y condenando al cerebro a trabajos forzados. A nadie debe exigírsele que dé más de lo que puede, y Castelo fué infatigable trabajador hasta la muerte, ocurrida en Enero de 1892. Dejó este mundo con la satisfacción de haber cumplido con su deber, y con la mayor aún de que le heredara en su puesto, en su ingenio, en su talento y en su ciencia, su hijo Fernando, amigo y compañero distinguidísimo nuestro.